

EL OBRERO.

PERIÓDICO SEMANAL.—ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE ARTES Y OFICIOS.

CODICIONES.

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE... \$ 1-00
NÚMERO SUELTO 10 cts.

San José, 30 de Agosto de 1891.

Editor y Redactor responsable.
M. A. SALAZAR.

EL OBRERO.

BREVE OJEADA

SOBRE
PRODUCTOS NACIONALES.

Para El Obrero.

ARTÍCULO 3º.

Ya hemos visto algunas producciones del reino vegetal, someramente indicadas cual pueden serlo en artículos populares destinados á este interesante órgano de los intereses industriales y económicos del país.

Un libro sería necesario, y falta aun que se escriba, bajo forma simple y práctica, para hacer tangible la utilidad inmensa que á las artes, á la industria, á las ciencias, á la economía doméstica y al comercio puede prestar la flora centro-americana convenientemente explorada y analizada.

La fecundidad del suelo, su diversa composición mineralógica, el estado de integridad de todos los elementos de fertilidad que lo componen, hace aquí eternas y sobremanera exuberantes á todas las especies; ya sea que de los flanos en oleaje de verdura se extiendan gradualmente buscando ansiosos otra atmósfera más templada y húmeda, esmaltando montes y florestas que dan á nuestra naturaleza un aspecto imponente y magestuoso, ya sea que de los valles y cañadas bajen á exornar las riberas de nuestros mares, cual orlas de variados matices, circunscribiendo el cuadro admirable de los trópicos, anegados en crepúsculos de oro y mantos de inimitables colores que forman dosel espléndido al eterno escabel de esmeralda del Nuevo Mundo, tan lleno de imponderables fantasías, como de riquezas sin cuento.

Y si por la suave pendiente del desarrollo de la vida se van analizando las plantas y árboles, estos seres que por la filosofía del cosmos van adquiriendo individualidad determinada, órganos con funciones armónicas, esfera superior de una vida que se desarrolla perdurable á través del tiempo y del espacio, sin que nada se oponga parz que un día rasgando el velo de lo desconocido, aparezca la aurora definitiva de la personalidad sobre el teatro fecundo é imponente de la cosmogonía vegetal!

Del tronco á la rama, de la rama á la hoja que se tiñe con variados tintes, hasta llegar á la flor que decora sus pétalos con todos los colores del iris y vierte aromas insaciables su delicada corola, cuantas modificaciones felices se suceden en grado ascendente para coronar una organización más elevada, incubación de fuerzas latentes que movidas en el ciclo eterno de la existencia llevan en el germen de la vida. Las flores por una genealogía superior aumentando el encanto de esa fiesta primaveral cuya renovación es signo de una perpetuidad fecunda, son los primeros himnos entonados al amor y el tributo que la posteridad arroja sobre las rumbas como un presentimiento de lo infinito. El hombre mismo no podría vivir sin esa savia que palpita en el seno de las plantas sin las hojas y tallos que purifican la atmósfera, sin las cortezas que le visten, sin los bálsamos que lo curan, sin las semillas que le dan harina, aceites, vino, grasas leche y carne vegetal, drogas, gomas, azúcar resi-

nas para las artes, sin los troncos que le facilitan maderas preciosas para el artesanado de templos y palacios; todo, en fin, sale como de una copa inagotable á transformarse en bienestar bajo la mano inteligente del artífice ó del genio industrial y científico para mejorar la vida y ensanchar el progreso, en esa época vivificante de la existencia en que el hombre derrama toda la expansión de su genio y el corazón tributa himnos al templo augusto de la naturaleza en todos los tonos vibrantes del entusiasmo, en medio del religioso recogimiento que inspira Dios en sus sublimes creaciones.

La belleza de las altas palmas que aquí cobijan nuestros hogares y nuestro sueño dan al cielo esa riente verdura del trópico y prestan alivio á la ardiente sed del calor ecuatorial, motivo elevado es de inspiración y estudio para el viajero que por vez primera llega anheloso á nuestras playas en pos de sensaciones, de objetos nuevos, de altas cimas, de florestas que aún despiden el aliento de la creación, de árboles seculares, patriarcas de las selvas, en cuyos ramajes anidan innumerables generaciones de aves, de esas mismas coronas de excelsa majestad de que tan pronto como languidecen bajo el peso de los años, el polvo fecundante de las simientes remueve el suelo y de la húmeda arena se enderezan los troncos, se enlazan las ramas, despuntan los tallos y flores aromáticas en elegantes espadices, y nuevas palmas y coronas vienen á merecerse en el espacio en perdurable generación, agitando sus cabellos al impulso de las brisas ó del huracán.

Pero dejemos este dispositivo filosófico del vegetal que de nuevo debe enderezarse hacia el objeto antes enunciado en artículos ya escritos.

Hablé anteriormente de la bonita palmera, el corozo (*Alfonsia Oleifera*) y faltóme decir, que de esa palmera puede obtenerse también una grasa ó aceite concreto muy adecuado para la fabricación de jabones y otros objetos. El corozo desarrolla y fructifica espléndidamente en estos climas. Cada árbol da de 100 á 120 cocos. La nuez del corozo produce un 50 por 100 de manteca. Esta es sólida á la temperatura ordinaria; el olor es agradable, aromático; fusible á 28 grados, puede disolverse en el alcohol, y totalmente en el éter sulfúrico. Con la sosa produce jabones consistentes y muy suaves al tacto, como los de malvisco y glicerina.

En todos los climas calientes y en terrenos arcillosos y húmedos crece con notable lozanía el higuero, tan despreciado de todas nuestras gentes. Este arbusto llega á la altura de 5 á 6 metros; es una planta anual y herbácea, pero también se hace perenne ó dilata muchos años en varios terrenos, ramificándose considerablemente y produciendo numerosas espigadas cargadas de frutos. Este arbusto puede sombrear el café sin perjudicarlo en nada, y cuando las semillas han llegado á la madurez, en la época misma de la cosecha del café, el higuero rinde canastadas de granos. Las simientes del higuero producen un 60 por 100 de aceite, y el residuo ó bagazo puede servir ventajosamente como abono del café.

Depurado este aceite es el conocido con el nombre de *castor*, purgante suave para niños. Puede servir también para el alumbre, para fabricar jabones y en la pintura por ser secante; asociado á la cal forma cemento muy durable. Mezclándolo con otras grasas se usa en el Salvador para fabricar candelas ó bujías de buena clase. Mucho se ha hablado del árbol llamado de la *grasa*, que se produce en el Indo-China.

Este árbol existe también entre nosotros. Yo lo he encontrado en las márgenes del río de Paz, en el departamento de Ahuachapán, y por cierto que es un bellissimo árbol. Alcanza una altura de más de 40 varas y un diámetro de vara y media; es profusamente ramificado, llevando hojas de un verde ocre. Su madera es tan dura como la del quebra hacha, aparente para construcciones; la corteza es amarga con principios tónicos que no se han utilizado hasta hoy; las frutas son carnosas conteniendo una semilla de la cual se extrae un aceite ó grasa. De un cestito de semillas que recogí, extraje en un mortero de hierro, una grasa verdosa, ligeramente aromática. Después supe en 1889, en la sección inglesa de la exposición de París que en las indias obtenían de esa almendra un 70 por 100 de grasa por medio del sulfuro de carbón, haciendo uso de potentes prensas. El producto es empleado en la elaboración de jabones y candelas, y los residuos sirven para alimentar animales y para abonar diversas plantaciones. Es este árbol el moscadero ó árbol del sebo vegetal.

Toda la extensión de estas costas, y principalmente el estero y golfo de Nicoya, están cubiertos de inmensos manglares de los cuales la población no trae más que combustible. Bueno es, sin embargo, que se sepa, que el mangle es una excelente madera para construcciones submarinas, muelles, estacadas, etc.; que da un hermoso color rojizo empleado en la India para teñir los tejidos de algodón de azul ó violeta, mezclándola con el indigo ó añil. Se pueden obtener otros matices agregando á la solución de palo de mangle, sales de cobre ó hierro. La corteza del mangle que es astringente, produce además una goma empleada en medicina, especialmente contra la escrófula y la sífilis por la gran cantidad de yodo y bromuros que las raíces absorben del mar. En la zapatería se emplea de preferencia el estaquillado de mangle que resiste más á las intemperies que la tachuela de hierro.

También es abundantísimo en estas florestas el palo de mora del que se exportan por este puerto grandes cantidades todos los veranos. El *morus tinctoria*, es un corpulento árbol de la familia de las *urticeas*, cuyo follaje verde y exuberante se hace distinguir entre todos los árboles, en medio de selvas que parecen inagotables al hacha del cortador. En todo el golfo de Nicoya y en la isla de Chira se encuentra la especie que da más materia colorante. Existen en sus cortezas dos principios colorantes de grande aplicación en la tintorería. El uno es de color amarillo de oro, poco soluble en el agua, soluble en el alcohol, colorándose diversamente por la adición de las sales de hierro; el otro es ácido *morintánico* soluble en el agua; toma un color verde-loro en contacto con el peróxido de hierro. Ambos colores son alterables al aire, por lo que los tintoreros deben emplearlos á medida que los necesitan, si no quieren ver sus géneros alterados. La seda, el algodón y sobre todo la lana recibe muy bien el tinte amarillo usando la alúmina como mordiente; también pueden obtenerse varios matices con el añil, el campeche y sales de cobre.

Y ya que de materias colorantes hablo, de estas que aquí y allá se ven esparcidas entre la variedad considerable de plantas tintoreas, diré unas pocas palabras del *achiote*, tan común en todos los solares de nuestras habitaciones. En Cayena, en el Brasil y sobre todo en la Martinica, he visto recoger en los patios, grandes cantidades de la semilla del achiote para beneficiar la hermosa materia tintorea de color rojo intenso que produce. Este árbol ma-

dura sus frutos de Marzo á Abril, y entonces deben retirarse los granos de las cápsulas en que están encerrados. Machácanse en un mortero ó en prensa y se dejan macerar en agua por muchos días, hasta que disuelta la materia colorante, ésta se deposita en el fondo de las vasijas; fíltrese el líquido y déjese reposar; decántese la masa al fuego lento hasta consistencia de pasta. Esta debe secarse bien y conservarse en lugar aparente, por que se humedese y altera con facilidad. Con este color se dan hermosos tintes y se abriñantan otros matices obtenidos de otras sustancias como la grana, el añil, el camotillo ó cúrcuma. Puede usarse también para colorar barnices empleados en carpintería, para colorar queso y mantequilla y otros condimentos. En el Salvador y otros puntos véndese la arroba hasta 25 pesos fuertes.

Próximamente hablaré del camotillo arriba citado, y de otros productos de igual interés, y mientras tanto, ya llevamos esbozados una veintena de producciones vegetales, sin que haya en mínima parte, tocado el arsenal inmenso de materiales útiles que la bella y fecunda flora americana nos presenta en su canastilla de oro y verdura, para ensanchar el imperio de las artes y hacerlas llegar á fructuosa y envidiable prosperidad. Las artes, y la agricultura primero, de cuantos medios de exuberante vida, Dios nos ha concedido, ninguna más fácil y poderosa para engrandecer estos Estados, tan cierto y luminoso es el pensamiento de Swift, de que el hombre que hace producir dos espigas de trigo en lugar de una, es más grande que todos los genios políticos de la tierra.

D. J. GUZMÁN.

Puntarenas, Agosto 18 de 1891.

Los hijos del trabajo.

Una de las más sábias y verdaderas máximas de la moral es ésta: el trabajo es el patrimonio de los hombres. Y, con efecto, el trabajo es un patrimonio, es como si dijéramos, un título contra la relajación moral, es un escudo en donde inclinaciones nocivas que de costumbre saltan al espíritu se proscriben ante la plausible y elevada idea del trabajo.

La ocupación cotidiana y precisa que se absorbe la inteligencia humana, la ineludible necesidad de obtener por medio de las fuerzas físicas el sustento diario, intercepta las incipientes prevaricaciones de la inteligencia que la vagancia sugiere.

La aversión al trabajo, los arraigados hábitos de la holganza, son atentativos al progreso moral y material de las artes y las ciencias.

Enrístese el ánimo de ver el sinnúmero de vagos que en días laborables pululan por doquier.

Esos huelguistas perpetuos, esos parásitos de la propiedad, esos desgraciados seres que viven de continuo en la holganza, esos hijos de la miseria para quienes el trabajo está vedado, esos son presuntos criminales que un día no lejano ocuparán un puesto en el presidio ó un lecho en el hospital.

¡Hé ahí los frutos de una educa-